

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR

D. ZACARÍAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día sétimo.
Y bendijo el día sétimo, y santificolo.
Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios)

Dominica 4.^a despues de Pentecostés.

*Cum turba irruerent
in eam, ut audirent ver-
bum Dei, et ipse stabat
secus stagnum Genesareth.*

Luc., V. 1.

Y aconteció, que
atropellándose la gen-
te, que acudia á él
para oír la palabra de
Dios, él estaba á la
orilla del lago de Ge-
nesareth.

Contra el vicio de la pereceza que es un decaimiento del ánimo en el bien obrar hay una virtud que tiene por oficio enardecer el espíritu para el combate y mover el corazón y la mano á la práctica de toda obra buena. Llámase la diligencia y sobre la diligencia ha de girar este discurso.

Veo en el Evangelio ejemplos de esta virtud que debemos imitar los maestros y los discípulos,

los Sacerdotes y los fieles. Trabaja el Salvador, predicando á las turbas, curando á los enfermos, sanando á los contritos de corazón, instruyendo á los Apóstoles y formando las piedras vivas que han de ser el fundamento indestructible de su Iglesia. Trabajaban los Apóstoles en su oficio de pescadores, y aprenden el arte sublime de dirigir la nave de la Iglesia á través de las tempestades humanas, *in capturam*, para llenarla de almas convertidas con las redes de la predicación y del buen ejemplo. Trabajaban las turbas, y se atropellan unos á otros por ver de cerca al Salvador, y recoger de sus divinos labios aquellas sublimes enseñanzas con que llenaba los entendimientos de apacibles resplandores y los corazones mas insensibles de ternuras inefables. ¿Imi-

tamos nosotros tan bellos ejemplos? ¿Pensamos de corazón? ¿Cultivamos con esmero los dones de Dios? ¿Buscamos con avidez y antes que todo el reino de Dios y su justicia? ¿Somos diligentes en atesorar buenas obras, y celosos de nuestra eterna salvación? Voy á ponderar la necesidad de la diligencia cristiana y los premios reservados á las buenas obras en esta vida y en la otra.

Hablamos en este momento á los que tienen verdadera fé en los premios y castigos de la otra vida. Predicar la necesidad del trabajo espiritual, la penitencia, la mortificación de los sentidos, la represión de la carne, la negación de sí mismo y la práctica fervorosa y constante de las virtudes cristianas, predicar estas verdades y recomendar estas obras á los que no creen en su inmortal destino y solo buscan en los caminos de la vida la satisfacción de groseros apétitos sería intento vano é inútil empresa.

La existencia de la vida futura y la necesidad de la diligencia en atesorar buenas obras son dos verdades que mutuamente se suponen, se iluminan y robustecen. Obrando lo que Dios manda, y

evitando lo que prohíbe, *huyendo del mal y haciendo el bien*, es como el hombre se labra con sus manos una corona de gloria que nadie podrá arrebatárle. *Hic beatus factus suo erit* (1).

Hemos sido puestos por la bondad de Dios en este paraíso de la Iglesia para cultivar la tierra de nuestro corazón, meditando, contemplando, alabando, agradeciendo, obrando con diligencia las cosas que son de Dios y de nuestra eterna salvación. *Posuit Deus hominem in paradiso voluptatis ut operaretur* (2).

Buscad, dice S. Juan, no los manjares que perecen, no los deleites que enervan, sino los dulcísimos placeres de la virtud, la satisfacción íntima de la conciencia y el fruto de las buenas obras que permanece para la vida eterna. *Operamini non cibum qui perit, sed qui permanet in vitam æternam* (3). El Sábio os dice que seáis diligentes en obrar el bien y que no deis reposo á vuestra mano para acrecentar el caudal de vuestro espíritu (4). Porque nadie podrá libraros de las fauces del abismo á donde caminan los perezosos en el bien obrar, soli-

(1) Jacob. I.

(2) Gen. II.

(3) Juan. VI.

(4) Eccl. IX.

citos en demasia y ágiles con agilidad lastimosa en las sendas del pecado, que conducen á la temporal y eterna desventura. Afanáos, dice S. Pedro (1), trabajad con ahinco para que honreis vuestra vocacion á la fé y vuestra eleccion á la gloria. ¿No sabéis que la vida es un campo de batalla, un estadio, una milicia forzosa y que no hay victoria sin combate ni corona sin victoria? Así, pues, corred en el estadio si queréis alcanzar el premio, combatid el buen combate si queréis ceñir la corona de la victoria, luchad como buenos soldados de Cristo hasta el fin de la vida y el justo juez premiará vuestra diligencia y recompensará vuestros afanes con las riquezas de su reino. Sed diligentes, no perezosos, constantes en el bien, firmes en el buen propósito, activos, resueltos, esforzados, fervorosos de espíritu, *Sollicitudine non pigri, spiritu ferventes* (2), y todo lo que hagais, hacedlo con rectitud y pureza de intencion, como quien trata de agradar á Dios, y no á los hombres, sabiendo que, no de los hombres sino de Dios habeis de recibir el galardón de vuestras obras (3). El cristianis-

mo no es una teoría mas ó menos bella, mas ó menos ingeniosa, ni el título de cristianos que recibisteis en el bautismo es un nombre puramente honorífico. El cristianismo es eminentemente práctico, y nadie se salvará con decir, *Domine, Domine*, si niega con sus malas obras la santa fé que profesa con la boca. Hay muchos que se llaman católicos y procuran honrar con los lábios ese timbre de honor y de salud, pero están muy lejos de honrarle con la pureza del corazón y el brillo de las obras. *Labiis me honorat, cor autem eorum longé est á me*. Por los frutos se conoce el árbol, y por las obras se da á conocer el hombre y por ellas será juzgado merecedor de alabanza, ó de vituperio, de galardón, ó de castigo. El Señor maldijo la higuera estéril, y nos advierte que seremos malditos con maldicion eterna si no damos frutos de virtud y de buenas obras. Recibimos talentos preciosos para negociar nuestra salvacion. ¡Ay de aquellos que escondan sus talentos y se entreguen á la ociosidad! Vendrá el momento de la cuenta, y á los siervos diligentes, laboriosos y que supieron acrecentar el caudal recibido, les dará el Señor la posesion de sus bienes y la rica herencia de su casa,

(1) 2.^a Petr. I.

(2) Ad Rom. XII.

(3) Ad Colossen. IV.

pero escrito está el fin de los perezosos: mandará el Señor á sus ángeles que atados de piés y manos los arrojen en las tinieblas infernales donde hay llanto y rechinar de dientes. Al perezoso le vendrá la indigencia como caminante y la pobreza como hombre armado. El mundo esta lleno de estos perezosos espirituales que, como dice el sábio, esconden la mano debajo del sobaco, y por no llevarla á la boca, perecen de hambre (1). El leon está en la calle, dice el perezoso, y la leona en los caminos; si salgo, seré devorado. Y por no moverse, por no dar un paso en el camino del sacrificio, de la mortificacion y de la penitencia, viene á ser devorado por los leones rugientes de las cavernas infernales. Yo he pasado por el campo del perezoso y ví que estaba todo lleno de ortigas, y las espinas habian cubierto su superficie, y la cerca de piedras estaba destruida. Imita, pues, á la hormiga, perezoso, aprende en su escuela. Durante el verano acopia para el invierno. ¿Hasta cuando perezoso, dormirás tú, hasta cuando estaras bostezando? Habeis oido los oráculos de la eterna sabiduría. Los cielos y la tierra pasaran,

pero la palabra de Dios no pasará. Como está escrito, se cumplirá. Ahora pensad de corazon. No espereis contento en la tierra, ni dichas eternas en el cielo fuera del servicio de Dios y de la práctica constante de las virtudes cristianas. No digas en tu corazon: Yo tengo fé, y Dios tendrá de mis grandes miserias infinita misericordia. Porque la fé sin obras esta muerta, y Dios habló una vez y dos cosas le oi decir: que él es justo y misericordioso y que dará á cada uno premio, ó castigo segun sus obras.

No confies en tí mismo diciendo: Yo no soy como los hombres que roban, ó matan, ó cometen pecados enormes. No digas eso, porque el infierno está lleno de condenados que no robaron, ni mataron, ni hicieron mal á nadie, y tuvieron su vida patente de honradez, extendida por el mundo cuya sabiduría es enemiga de Dios. Robas á Dios su gloria blasfemando su santo nombre, quebrantando sus mandamientos y menospreciando sus beneficios. Robas al prójimo su fama con la murmuracion y la calumnia. Robas al prójimo su mas rico tesoro que es la gracia de la fé y la joya de la gracia, y matas á tu hermano, arrebatándole la vida del alma, con tus

(1) Prov., XXVI.

perversas doctrinas, con tus malos ejemplos y corrompidas costumbres. *Y haces mal* á todos con tu indolencia, con tu pereza espiritual, con tu indiferentismo religioso, con tu alejamiento de la oracion, de las prácticas cristianas, de la confesion y comunión, y de las obras católicas que se fundan sin tu apoyo y prosperan contra tu voluntad, enemiga de la piedad, y refractaria á todo trabajo, emprendido para promover la gloria de Dios, los intereses del catolicismo, la restauracion social del espíritu cristiano y la salvacion eterna de las almas. Robas á tu inteligencia la luz de la fé, á tu conciencia la paz á tu corazon el amor, y á tu alma la belleza sobrenatural de la gracia santificante y las galas de la virtud, porque pecas de soberbia, de vanidad, de avaricia, de liviandades, y te causas un daño quizá irreparable, te labras con tus errores, ilusiones y pecados una desventura eterna.

Deja, pues, de pecar y comienza á obrar, á obrar el bien que es la virtud, tesoro inestimable que nos acompañará en nuestro viaje á la eternidad, y con él compraremos el reino de los cielos, Amen.

PENSAMIENTOS.

—
Es preciso definir el orgullo, una pasion que mueve al hombre á considerar como inferiores á si mismo á todos los demás.—*Teofastro*.

—
El orgullo es la hidropesia moral del cerebro.—*Casti*.

—
La exageracion del amor propio, la soberbia, no siempre se presenta con un mismo carácter. En los hombres de temple fuerte y de entendimiento sagaz, es orgullo; en los flojos y poco avisados, es vanidad.—*Balmes*.

—
El orgullo gusta de hablar bien ó mal de sí; el modesto nunca trata de si mismo.—*La Bruyère*.

—
Donde reina la soberbia no se quiere ver otro Dios que á si mismo.—*Silvio Pellico*.

—
Entre la dignidad y el orgullo hay la misma semejanza que entre la llama que alumbrá y la llama que quema.—*Severo Catalina*.

UNA VISITA DEVUELTA.

II.

*La aparicion.**Conclusion.*

Doce siglos han pasado.

Sobre los restos de la romana Barchino se eleva la gótica Barchinona, ó la cristiana Barcelona, la córte de Ataulfo, la ciudad de Ludovico Pio y del Emperador Carlos Cal-

vo, el s6lio de los condes soberanos llamados por Europa entera marqueses de las Espa1as, y mas tarde compartiendo con Zaragoza su c6rte de Aragon.

Las marmoreas vilas romanas han desaparecido y en su lugar se levantan vetustas torres godas y alguna que otra atalaya 1rabe, restos de las que edificaron en nuestro suelo los hijos de Islam, los cuales no llegaron 1 pisar por un siglo entero la noble tierra de nuestra bella comarca de Barcelona y su costa.

Corr1a el primer cuarto del siglo XIII cuando la ciudad de Barcelona se levant6 alborotada, no de indignacion, sino de gozo.

Mar1a en la noche del 1.º de Agosto habia descendido 1 la ciudad dejando su morada celestial, y se habia aparecido al j6ven rey D. Jaime, el que mas tarde se llam6 el conquistador, 1 su paje el virtuoso mossen Pedro Nolasco, y 1 su s1bio y santo confesor noble barcelon6s entonces humilde fraile dominico, el c6lebre Raimundo de Pe1afort, honra de su p1tria y de su siglo.

La Virgen Mar1a acompa1ada de su c6rte ang6lica de San Pedro, ap6stol, y de los santos patronos y protectores de la ciudad de San Severo, San Cucufate, San Paciano, Santa Eulalia y Santa Madrona, se aparecio separadamente al Rey, 1 su gentil-hombre y 1 su confesor y les signific6 que ven1a 1 Barcelona para alentarles 1 que fundasen en ella una 6rden religiosa, para la redencion de los cautivos cristia-

nos que gemian en las mazmorras de las ciudades de Espa1a presas por los moros y en las de Africa 1 donde eran llevados.

Barcelona amante de la Virgen Mar1a acogi6 con reconocimiento esta visita y no se hizo sorda 1 la voz de la Emperatriz de los cielos. La 6rden se fund6, los nobles, el pueblo y hasta las damas representadas por Mar1a de Cervellon y Colagia hoy veneradas en nuestros altares, tomaron parte en tan piadosa obra.

No qued6 con todo satisfecha la bondad y el agradecimiento de Mar1a h1cia la ciudad que le mand6 delegados para darla el p6same por la muerte de su hijo, no le bast6 una visita sola para pagar tama1a atencion y quiso hacer otra.

Cuando la vispera de Navidad Pedro Nolasco, entonces ya fundador de la nueva 6rden Mercedaria, estaba en el coro antes de media noche prepar1ndose para cantar los maitines con sus religiosos en el nuevo templo levantado en honor de la Virgen de las Mercedes y ante la im1gen milagrosa que hoy todav1a veneramos, le pareci6 que la b6veda de la nueva iglesia se abria y qued6 deslumbrado por una maravillosa claridad percibiendo armoniosos c1nticos acompa1ados por las arpas celestiales, y al mirar sorprendido 1 su alrededor vi6 las sillas del coro ocupadas por 1ngeles vestidos con el blanco h1bito mercedario menos siete sillas en las cuales se sentaron en la de la presidencia la Virgen Mar1a vestida al igual de los 1n-

geles, y en las otras el Apóstol San Pedro, San Severo, San Cucufate, San Paciano, Santa Eulalia y Santa Madrona.

Entonces Pedro Nolasco vió que la Santísima Señora le hacía señas de que se acercase, y él tembloroso se arrodilló á sus piés.

La Madre de Dios pasó su brazo por el rededor del cuello del Santo, reclinando su cabeza sobre aquel purísimo corazón.

Cuanto tiempo permanecieron allí la Virgen María, los Santos Protectores de Barcelona y la corte celestial, para Pedro Nolasco fué un instante, para el resto del mundo hasta al amanecer.

Barcelona hizo una visita á la Virgen María, en la época en que creyó que esta Divina Madre estaba afligida.

La excelsa Señora la devolvió la visita dos veces, y no vino sola, pues para mas honrar á la ciudad se hizo acompañar no tan solo por sus ángeles, sino por tres de los plecaros hijos de Barcelona, que gozan de la aureola de la Santidad: Severo, Eulalia y Paciano, y por dos de los Santos extranjeros, protectores y Patronos de la misma, Cucufate y Madrona, y para que nada faltara á la pompa de tan grande reino, la acompañó el mas grande de los Santos del Cielo, el príncipe de los Apóstoles, Pedro, el primer Pontífice de la Iglesia católica.

María se presentó en nuestra ciudad con toda su pompa para hacernos ver cuanto apreciaba á Barcelona y cuanto grabado tenia en su corazón el

pésame que sus moradores le dieron por la muerte de su Hijo.

La decension de la Virgen María á nuestra cara patria, fué una visita devuelta (1).

La popularidad de la Hermana de la Caridad es un Homenaje rendido á la religion; el que saluda á la Hermana, saluda al mismo tiempo al crucifijo de sus rosarios.

(1) Esta tradicion está sacada de un sermón que pronunció el R. P. Mercedario, D. Pedro Nolasco Tenas, en el templo de Santa Maria del Pino de nuestra ciudad, con motivo de celebrarse la fiesta de Nuestra Señora de las Mercedes, y se asegura que todavia subsisten las familias de los nobles deleados que se presentaron á la Virgen María para darle el pésame de la muerte de su Santísimo Hijo, creyéndose que los descendientes de aquellos ilustres patricios, son los de las nobles casas de Rocaberti y de Alferrás de Barcelona.

El aparecerse la Virgen María á esta ciudad, está mas que probado, y si bien en las historias se omite el que estuviese acompañada de los Santos Pedro, Severo, Cucufate, Paciano, Eulalia y Madrona, en la declaracion auténtica de San Raimundo de Penyafort, San Pedro Nolaseo y el Rey D. Jaime, consta que á la Virgen María acompañaban á mas del coro de ángeles, los referidos Santos.

Igualmente se consigna en la segunda aparicion á San Pedro Nolasco.

En un retablo de la antigua capilla de la Casa de la Ciudad, pintura antiquísima, se vé á la Virgen Maria acompañada de los Santos referidos tal como se apareció.

El almirante Laplace, muerto hace poco y que habia venido varios viajes al rededor del mundo, dedica en una de sus obras el siguiente recuerdo y tributo de admiracion á la Hermana de la Caridad.

«En todas muestras remotas posesiones he encontrado esas santas mujeres, admirables por su abnegacion y por su heroismo, no ese heroismo excitado, sostenido por los aplausos de la multitud, sino el de amor al prójimo, mil veces mas heróico, porque es sin gloria y sin recompensa, en este mundo, y no obstante hace desafiar á séres débiles, á jóvenes mujeres, los horrores de un largo destierro lejos de sus familias, que la mayor parte de ellas extenuadas por las fatigas y las enfermedades, no volverán á ver.»

Al calor del amor divino nacieron esos ángeles de la caridad que en la atmósfera pestilente de los hospitales, en los temerosos campos de batalla, en la abrasadora arena de los desiertos y en los miserables tugurios de la pobreza, derraman á torrentes los consuelos y las esperanzas de la Religion sobre las víctimas del dolor y del infortunio, como las nubes apacibles derraman su agua bienhechora sobre los campos agostados.

Todas estas obreras de la caridad se apresuran y estimulan recíprocamente, como ha dicho Chateaubriand, mientras la religion, con una corona inmortal en la mano, les grita: ¡Animo, hijas mias, ánimo! ¡Daos prisa, ser mas velocés que los males en la carrera de la vida! Mereced la corona

que os preparo y que os redimirá de todos los males de una existencia trabajosa.

La caridad ha hecho de la mujer cristiana una heroína sin nombre en los poemas de Homero, heroína de dolor, que pasa por el mundo derramando á manos llenas toda suerte de beneficios.

¿Quién no admira á esa hija de San Vicente de Paul que á la cabecera de un morirundo, con los brazos cruzados sobre el pecho, los ojos en el cielo, ora fervorosamente, mientras que la campana fúnebre anuncia la agonía? Esta mujer ha sido tal vez la rica, hermosa, acariciada por la fortuna en la sociedad, y todo lo ha dejado para repetir diariamente tan lúgubre ceremonia.

Quando las guerras ensangrientan los campos, ¿quién no vé á la mujer cristiana acudir con hilos y vendajes á las ambulancias para restañar las heridas de los soldados y dulcificar, en lo que es posible, las escenas mas amargas de la vida de los pueblos? Por todas partes la caridad sale al encuentro del dolor y del infortunio, y trueca las aficciones y miserias de la vida en alegrías y esperanzas.

¡Bendita sea una Religion que ha sabido hacer de este valle de lágrimas, un valle de flores, y benditos esos ángeles de la caridad que el cielo ha escogido para comunicarse con la tierra.

GENERAL AMBERT.

(Se continuará.)